

~~Nº=145~~ ~~L-652-2~~

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M^{R.} LEON TAXIL

dada en el Salón de la Sociedad geográfica en París.

~~Ocho 188~~

SUMARIO:

DOCE AÑOS BAJO EL PABELLÓN DE LA IGLESIA.—LA PATRA-
ÑA DEL PALADISMO.—MISS DIANA VAUGHAN.—EL
DIABLO ENTRE LOS MASONES.

15 céntimos

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

~~F=~~ 6480 Ayuntamiento de Madrid

CONFERENCIA DE LEON TAXIL

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M^{R.} LEON TAXIL

dada en el Salón de la Sociedad geográfica en París.

SUMARIO:

DOCE AÑOS BAJO EL PABELLÓN DE LA IGLESIA.—LA PATRA-
ÑA DEL PALADISMO.—MISS DIANA VAUGHAN.—EL
DIABLO ENTRE LOS MASONES.



Regi^o 2665.

ADMINISTRACIÓN: FUENCARRAL, 119, MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Mr. LEON TAXIL

MIS REVERENDOS PADRES:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Me importa, ante todo, dar las gracias á aquellos colegas míos de la prensa católica que, emprendiendo *de golpe*, hace seis ó siete meses, una campaña de ruidosos ataques, han producido un resultado maravilloso, el que comprobamos esta tarde, y mañana se comprobará aun mejor; el brillo completamente excepcional de la verdad en un asunto cuya solución hubiera tal vez pasado, sin ellos, completamente inadvertida. A mis queridos colegas, pues, mi primera felicitación, y dentro de un instante comprenderán cuán sincera y justificada es la expresión de mi agradecimiento.

En esta alocución procuraré olvidar lo que se ha publicado de injusto y mortificante para mi persona, en el curso de la polémica á que acabo de aludir. Si soy impelido á esclarecer ciertos hechos con una luz para muchos inesperada, diré la verdad apartando de mi mente hasta la más ligera sombra de resentimiento.

Tal vez, después de estas explicaciones, de las que ha sonado la hora, esos colegas católicos no se desarmarán ante mi pacífica filosofía; pero si mi buen humor, en lugar de calmarles los irrita, les aseguro que por nada abandonaré esta serenidad de alma que he adquirido en doce años y con la que soy infinitamente dichoso. Por otra parte, si es cierto que este auditorio escogido está compuesto de elementos los más distintos—puesto que se ha hecho un llamamiento á todas las opiniones sin distinción—este auditorio no dejará de tener, estoy convencido de ello, el sentimiento de la tolerancia más dulce en materia de exámen. Hablemos claro: estamos aquí entre personas de buena educación; todos sabemos dar

lo suyo á lo que es serio, y lo examinamos sin arrebatos y con la gravedad necesaria; pero también, cuando el hecho que se nos ofrece es, ante todo, divertido, no nos enfadamos por ello. Más vale reir que llorar, dice la sabiduría de las naciones.

*

Ahora, me dirijo á los ^{*}católicos, y les digo:

X Cuando supisteis que el doctor Bataille, que se decía consagrado á la causa católica, había pasado once años de su vida explorando los antros más tenebrosos de las sociedades secretas, Logias y Traslogias y hasta Triángulos endemoniados, lo aprobásteis sin reserva y hallásteis admirable su conducta. Recibió una verdadera lluvia de felicitaciones; hasta artículos encomiásticos hubo en los mismos periódicos del partido que no hallan rayos bastantes para pulverizar á miss Diana Vaughan, tratándola ya de mito, ya de aventurera y echadora de cartas. Ahora puede volverse sobre esas aclamaciones con que se acogió al doctor Bataille, más no por eso dejarán de haber tenido efecto y sido ruidosas. Ilustres teólogos, elocuentes predicadores, prelados eminentes la felicitaron á más y mejor, y yo no digo que hicieran mal. Lo hago constar pura y simplemente. Y este aserto tiene por objeto el permitirme decir:

«No os enfadéis, mis reverendos padres; reíos más bien de buena gana al saber hoy que lo que ha pasado, es exactamente todo lo contrario de lo que habéis creído. No ha habido aquí, ni por lo más remoto, un católico consagrado á explorar, bajo una careta, la Alta Masonería del Paladismo, sino un librepensador que, para su edificación personal, en *manera alguna por hostilidad*, fué á vagar por vuestro campo, no ya once años, sino doce, y... Es un servidor vuestro. (*Excitación, murmullos, risas*). No hay el menor complot masónico en esta historia; voy á probároslo en seguida. Hay que dejar á Homero cantando las empresas de Ulises, la aventura del legendario caballo de madera; aquel caballo terrible nada tiene que ver en el caso presente. La historia de hoy es mucho menos complicada.

Un hermoso día vuestro servidor se dijo: «que habién-

dose inclinado muy joven hacia la irreligión, y acaso con demasiada prisa, bien podía no tener el sentimiento exacto de la situación.» Y entonces, sin obrar por cuenta de nadie; queriendo rectificar su manera de ver las cosas, si había de qué; no confiando previamente su resolución á nadie, creyó haber encontrado el medio mejor de conocer y darse cuenta por propia instrucción; añadid á esto, si queréis, un fondo de alegría en el carácter (no se es impunemente hijo de Marsella); (*Risas*); si; añadid ese placer delicioso que la mayor parte ignora, pero que es muy real; ese contento íntimo que se experimenta al jugar una buena pasada á un adversario, sin maldad, por divertirse, por reir un poco... Pues bien; debo decirlo en seguida: esa mistificación de doce años me ha proporcionado desde el principio una enseñanza preciosa; la de que había obrado sin tino, que debería haber permanecido siempre en el terreno de las ideas, y que, en la mayor parte de los casos, había hecho mal en atacar á las personas. Tengo el deber de hacer esta declaración, y debo decir que no me cuesta trabajo. En esos doce años pasados bajo el pabellón de la Iglesia, y aun cuando me enganché en broma, adquirí la convicción de que se equivocan los que imputan á las doctrinas la maldad de ciertas personas; todo esto atañe á la humanidad misma; el que es malo sigue siendo malo, como el que es bueno obra con bondad, lo mismo si continúa creyendo que si pierde la fe. Hay en todas partes hombres que no son honrados, y en todas partes también hombres que lo son. (*Muestras de asentimiento*).

He hecho, pues, por mí mismo un estudio que ha producido sus frutos; él me ha dado esta serenidad de alma, esta filosofía íntima de que hablé al principio. Llegué primero como curioso, un poco á la ventura, pero proponiéndome, entiéndase bien, retirarme una vez hecha la experiencia. Luego, el dulce placer del engaño, sobreponiéndose, dominándolo todo, me detuvo en el campo católico, desarrollando más y más mi plan de mistificación á la vez divertido é instructivo, y dándole proporciones cada vez más vastas conforme á los acontecimientos. Así he llegado á asegurarme dos colaborado-

res, dos nada más: uno, un antiguo compañero de infancia á quien mistifiqué en seguida, y di el seudónimo de doctor Bataille; el otro, mis Diana Vaughan, protestante francesa, más bien librepensadora, dactilóloga y representante de una de las fábricas de máquinas de escribir de los Estados Unidos; una y otro era necesarios para asegurar el éxito de este regocijado enredo que los diarios americanos llaman «la mistificación más grande de los tiempos modernos.» (*Muchas risas; murmullos.*)

*

Este último episodio, que debe naturalmente darse á luz en Abril, mes de la alegría y de las bromas (y no olvidemos que la burla principió también en Abril, el 23 de 1885), este último episodio es el único que será explicado hoy y sólo á grandes rasgos; porque si hubiera que contarlo todo, con las cartas boca arriba, desde el comienzo de la aventura, habría para muchos días. La broma ha resultado gigantesca. (*Explosión de risas.*) No obstante, importa esclarecer el punto de partida con algunos rayos de luz suave.

Entre los refranes del arte culinario se cita con frecuencia este: «El cocinero se hace; para asar bien, se nace.» La perfección en la ciencia de asar, no se aprende. Creo que sucede lo mismo en esto de dar chascos: se nace para ello. He aquí algunas confesiones acerca de mis comienzos en tan noble carrera. Primero, en mi ciudad natal. Nadie ha olvidado en Marsella la famosa historia de devastación de la rada por una banda de tiburones: de varias localidades de la costa llegaban cartas de pescadores contando cómo habían escapado á los terribles peligros; el pánico cundió entre los bañistas, y los establecimientos de baños de mar, desde los Catalanes hasta la Playa del Prado, estuvieron desiertos durante varias semanas. La comisión municipal se movió; el alcalde emitió la opinión, muy cuerda por cierto, de que aquellos tiburones, azote de la rada, habían probablemente venido de Córcega siguiendo á un buque que sin duda había tenido que arrojar al agua algún cargamento averiado de carnes ahumadas; la comisión municipal acordó dirigir una comunicación al ge-

neral Espivent de la Villeboisnet (se estaba entonces en estado de sitio), pidiéndole que pusiera á su disposición una compañía armada de chassepots para una expedición en un remolcador. El bravo general, deseando ser agradable á sus administrados y á la ciudad que él mismo había elegido y donde yo he visto la luz, el general Espivent, senador hoy día, les concedió cien hombres bien armados y con amplia provisión de cartuchos. Dejó el puerto la nave libertadora saludada por el bravo alcalde y sus adjuntos; se exploró la rada en todos sentidos, pero el remolcador se volvió de vacío; allí había los tiburones que hay aquí. (*Risa general.*) Una investigación ulterior demostró que las cartas de queja de los pescadores de la costa eran pura fantasía; que en las localidades donde aquellas cartas se habían echado al correo, no existían tales pescadores; y al cotejar las cartas se notó que estaban escritas por la misma mano. El autor de la mistificación no fué descubierto. Lo tenéis ante vosotros. Esto ocurrió en 1873: tenía yo entonces 49 años. Espero que el general Espivent me perdonará el haber comprometido un momento por lo del barco su prestigio ante la población. Había suprimido la *Marotte*, periódico de locos. El asunto de los tiburones ¿fué, no es cierto, una venganza inofensiva? Algunos años después estaba yo en Ginebra para sustraerme á algunas condenas por delito de imprenta. La *Fronde* y luego el *Frondeur* habían sucedido á la *Marotte*.

Un día el mundo de los sabios se encantó al tener noticia de un descubrimiento maravilloso. Alguno del auditorio recordará tal vez el hecho; se trata de la ciudad sub-lacustre que se veía, según se dijo, bastante confusamente en el fondo del lago Lemán, entre Nyon y Coppet. Enviáronse correspondencias á todos los puntos de Europa para tener á los periódicos al corriente de las pretendidas investigaciones. Se había dado una explicación muy científica apoyándose en los *Comentarios de Julio César*: aquella ciudad debía haber sido edificada en la época romana, tiempo en que el lago era tan estrecho que el Ródano lo atravesaba sin confundir con él sus aguas. En una palabra, el descubrimiento metió mucho

ruído en todas partes;—en todas partes, menos en Suiza, por supuesto.—No se asombraron poco los habitantes de Nyon y de Coppet con la llegada, de cuando en cuando, de algún turista que pedía que le enseñaran la ciudad sub-lacustre. Los barqueros de los alrededores decidieronse á llevar al lago á los turistas muy insistentes. Vertíase aceite en el agua para ver mejor, y en efecto, hubo quien distinguió alguna cosa; (*Risa general*), restos de calles muy bien alineadas, plazuelas, ¡qué sé yo! Un arqueólogo polaco que hizo el viaje, volvió muy satisfecho y publicó un relato en que afirmaba que había distinguido perfectamente los restos de una plaza pública con algo informe que bien pudiera ser los pedazos de una estatua ecuestre. (*Más risas*). Un Instituto delegó dos de sus miembros, pero éstos, avistándose á su llegada con las autoridades, y habiendo oído que la ciudad sub-lacustre era una pura patraña, se volvieron como habían ido y no vieron nada. La ciudad sub-lacustre no sobrevivió á esta expedición científica. (*Risas prolongadas*). El padre de la ciudad sub-lacustre del Lemán, aquí presente, tuvo un precioso auxiliar para la propagación de la leyenda en la persona de uno de sus compañeros de destierro,—¿hay necesidad de decir que es también marsellés?—mi colega y amigo Henri Chabrier, aclimatado hoy, como yo, en las riberas del Sena.

Estas dos anécdotas, entre ciento que podría citar, han salido á plaza á fin de dejar sentado que la afición de vuestro servidor por la grande y regocijada broma se remonta á más de doce años.

Llego por fin á la broma ^{***} más grandiosa de mi existencia, á la que toca hoy á su termino, y que evidentemente será la última, porque, después de ella, yo pregunto: ¿qué colega, aunque fuera de la prensa de Islandia ó de Patagonia, acogería por mi recomendación ó la de algunos de mis amigos la confidencia de algún suceso extraordinario, cualquiera que fuese? (*Una voz: ¡Es claro! Risas.*)

Comprenderase sin esfuerzo que, con el formidable bagaje de mis escritos antireligiosos, no era nada fácil

ser recibido en el regazo de la Iglesia sin inspirar una desconfianza más formidable aun. Me era preciso, no obstante, llegar á ella y que me acogiera, para poder, cuando las desconfianzas se hubieran completamente disipado, por lo menos en lo alto, organizar y dirigir la fenomenal mistificación de la brujería contemporánea. (*Una voz*: ¡Es vergonzoso declararse mistificador de esa manera!)

Para llegar al resultado que me había propuesto, era necesario, indispensable, no confiar á nadie mi secreto, á nadie absolutamente, ni aun á mis más íntimos amigos, ni á mi mujer siquiera, por lo menos al principio: valía más pasar por loco á los ojos de los que me rodeaban. La menor indiscreción podía hacer que todo fracasase, y yo jugaba fuerte porque tenía que habérmelas con una fuerte partida. (*Una voz*: ¡Oh, sí!) La hostilidad de los unos, la contrariedad y el pesar de los otros, fueron, por el contrario, mis mejores triunfos, pues que, —lo que no podía faltar— me sometieron á estrecha observación durante los primeros años. Algunos pequeños detalles llamarán la atención de mis antiguos amigos, si ahora se los recuerdo.

Después de la publicación de la carta en que me retractaba de todas mis obras antireligiosas, los grupos parisienses de la *Liga Anticlerical* se reunieron en Asamblea general para votar mi expulsión. Sorprendiéronse al verme llegar allí; los ligueros no volvían de su asombro; y en verdad mi presencia era incomprensible, puesto que no iba á provocar á aquellos de quienes me había separado y no dije una sola palabra para intentar arrastrarlos conmigo, como hubiera hecho un convertido, en sus ardores de neófito. No; fuí á aquella sesión con pretexto de despedirme de ellos,—¡hacía ya tres meses que había presentado mi dimisión!—pero en realidad para buscar y encontrar la ocasión de colocar una frase que pudiera recordar, llegado el momento.

Aquellos ligueros anticlericales eran en su mayoría amigos míos y hubo algunos que lloraban; yo mismo estaba conmovido... (*Un periodista católico*: ¿Usted conmovido?... ¡Quite usted de ahí!... Usted se burla de

ellos igual que de nosotros.) Os aseguro que no me separé de ellos sin disgusto. En fin, tomadlo como queráis. Aunque conmovido, conservaba mi sangre fría en medio de una verdadera tempestad; recordad los periódicos de aquel tiempo.

Para cerrar la sesión, el presidente presentó la siguiente orden del día, que fué votada por unanimidad:

«Considerando que el nombrado Gabriel Jogand Pagés, que se dice León Taxil, uno de los fundadores de la *Liga Anticlerical*, ha renegado de todos los principios que había defendido, ha traicionado al libre pensamiento y á todos sus antiguos correligionarios,

Los ligueros presentes en la reunión de 27 de Julio de 1885, sin fijarse en los móviles que han dictado al dicho León Taxil su infame conducta, le expulsan de la *Liga Anticlerical* como traidor y renegado».

Yo protesté de una sola palabra de esta orden del día. Hay sin duda en el salón amigos antiguos que tomaron parte en aquella reunión de Julio de 1885. Les recuerdo los términos de mi protesta. Decía yo con la voz más tranquila:—«Amigos míos; acepto esa orden del día, salvo una palabra»...—El presidente me interrumpe para exclamar:—«¡La verdad; es demasiada audacia!»—Yo continuo sin turbarme:—«Tenéis el derecho de decir que soy un renegado, puesto que hace cuatro días he publicado una carta en la que me retracto y reniego expresamente de todos mis escritos contra la religión; pero yo os pido que borréis la palabra *traidor*, que de ningún modo es aplicable al caso mío; no hay ni sombra de traición en lo que hoy hago. *Esto que aquí os digo no podéis comprenderlo en este momento; pero lo comprenderéis más tarde.*» Me guardé muy bien de insistir en esta última frase, porque me era preciso no dejar que se sospechase mi secreto, pero la dije bastante claramente para que quedase en la memoria, aun prestándose á diversas interpretaciones; y cuando llegó la ocasión de publicar el relato de aquella sesión, tuve gran cuidado de omitir tal declaración; hubiera podido dar la voz de alerta.

Segundo hecho.—Entre el día de Abril en que fuí á

hacer á un cura la confidencia de mi conversión y el de la sesión en que me expulsaron del librepensamiento, hubo en Roma un Congreso anticlerical del que yo había sido uno de los organizadores. Nada me hubiera sido más fácil que desorganizarlo y hacer que fracasara por completo. Aquel Congreso se reunió en los primeros días de Junio. Todos los ligueros saben que hasta el fin me dediqué con todas mis fuerzas á su buen resultado; sólo la muerte de Victor Hugo, que sobrevino en aquel momento, apartó del Congreso la atención pública.

Cuando luego se supo que había vuelto á ver á los curas el mes de Abril, se dijo y publicó que, con pretexto del Congreso, había yo ido á Roma á negociar una traición y que había sido recibido secretamente en el Vaticano; hasta se consignó en mi biografía que había recibido una gruesa suma; se habló de *un millón*. (*Risas*). Dejé que dijeran, pues todo eso me importaba muy poco y yo mismo me reía de ello. Pero hoy tengo el derecho de decir que fué todo lo contrario. Entre las invitaciones repartidas para la citada conferencia, se halla la de un antiguo amigo que hizo conmigo el viaje, que me acompañó á todas partes, que no me dejó un instante. El está aquí y no me desmentirá. ¿Se ha separado de mí un segundo? ¿Me he apartado de su lado para dar cualquier paso sospechoso? No. Y no es esto todo. En el curso de aquel viaje mismo, y al volver á Francia, nos detuvimos en Génova. Me importaba hacer una visita á uno á quien me ligaba la amistad: al general Canzio Garibaldi, yerno de Garibaldi. Me acompañó á verle el amigo de que se trata, y con nosotros estaba otro, que vive todavía, el Dr. Baudon, que recientemente ha sido elegido diputado por Beuvais. Ambos pueden certificar esto: en el transcurso de aquella visita me retiré aparte un momento con Canzio, y Canzio podrá á su vez certificar que le dije:— «Mi querido Canzio; tengo que declararle, bajo condición del más profundo sigilo, que dentro de poco tiempo voy á efectuar una ruptura completa y pública. No se asombre usted de nada y continúe otorgándome su leal confianza.» Con él tampoco insistí, y hasta temí más tarde haberle dicho demasiado. Durante dos ó tres años Canzio

me envió su tarjeta el primero de año, á pesar de nuestra ruptura. Luego creyó sin duda que la cosa se prolongaba en demasía, y lo dejó, no dando desde entonces más señales de vida.

En fin, uno de mis antiguos colaboradores, que me quería mucho, continuó á pesar de todo visitándome. Ha muerto: era Alfredo Paulon; fué probo consejero. (*Una voz*: ¿Ha muerto? Entonces no desmentirá á usted). Aguardad; os lo suplico. Yo sé que el resultado de su observación perspicaz y constante, era que yo me burlaba de todos. (*Diversos movimientos. Una voz*. En ese caso, se alaba usted de haber engañado á los católicos; ¿no es eso escandaloso?)—Paulon, mi antiguo colaborador, que seguía tratándome, tenía un modo de defenderme que á menudo me embarazaba. He aquí los términos en que hablaba de mí á sus amigos. «León es incomprensible. Al principio creí que se había vuelto loco; pero cuando reanudé mis relaciones con él, he hallado que goza, por el contrario, de todo su buen sentido. No lo comprendo: hay algo que me dice que está siempre con nosotros de corazón y de espíritu; lo siento así. No le hablo nunca de cuestiones religiosas, porque veo bien que no quiere dejar que le adivinen; pero pondría las manos en el fuego, que no trabaja por los clericales. Un día ú otro habrá una sorpresa grande.»

Alfredo Paulon no pudo darme el testimonio de sus observaciones, pero se las comunicó á muchos amigos, y si hay algunos en el salón, yo les pregunto: «¿Es verdad que Paulon hablando de mí, así se expresaba?» (*Varias voces*: ¡Es verdad! ¡es verdad!)

*

Llegamos ahora á la ^{***}mistificación misma, divertida é instructiva á la vez.

En las alturas no se hacía referencia al buen vicario, un cura de alma sencilla que tuvo la primera confianza del golpe de gracia que yo había recibido, como Saulo en el camino de Damasco.

«*Ce bloc enfariné ne me dit rien qui vaille,*» se pensaba entre la gente gorda de la Iglesia.

Decidióse, pues, al siguiente día de mi retractación,

que me proporcionaran entre los padres jesuitas un agradable retiro, y que se eligiera á uno de los más expertos en el arte de escrudiñar un alma. La elección no se hizo de pronto; se tuvo que esperar una semana al gran escudriñador que se me había destinado: un antiguo capellán del ejército convertido en jesuita, sagaz entre los sagaces. Su opinión iba á tener gran peso.

¡Ah, empeñada fué la partida que jugamos los dos! Todavía cuando pienso en ello me duele la cabeza... El querido director me hizo practicar, entre otras cosas, *Los ejercicios espirituales de San Ignacio*. No pensaba absolutamente en los tales ejercicios, pero tenía por lo menos que recorrer las páginas para aparentar que estaba sumido en meditaciones extraordinarias. No era el momento de dejar que me cogieran en falta.

La confesión general fué lo que me hizo ganar la batalla. Aquella confesión general sólo duró tres días. (*Risas prolongadas*). Para el final había reservado un golpe terrible. Yo lo decía todo; esto, aquello, lo de más allá; pero mi pareja comprendía que debía tener un pecado gordo, muy gordo, duro de confesar; un pecado más penoso para decirlo que la declaración de mil y mil impiedades. En fin, hubo que decidirse á dejar salir aquel pecado monstruoso.

Señoras y señores; no quiero haceros esperar más: mi pecado gordo, era un crimen; pero un crimen de primer orden, un asesinato en las mejores condiciones (*Explosión de risas*). No había degollado á una familia entera, no; pero sin ser un Tropmann ni un Dumolard, la guillotina me era debida sin apelación, si hubiera sido descubierto.

Había tenido el cuidado de rebuscar las desapariciones consignadas en los periódicos desde hacía tres años, y sobre una de ellas edificado una pequeña novela; pero mi reverendo padre no quiso dejármela exponer con todos sus pormenores: me había juzgado culpable de los sacrilegios más horribles, y bajo este punto le había yo causado agradables sorpresas; mas en cuanto á tener un asesino arrodillado á sus pies, eso sí que no se lo esperaba. (*Nuevas risas*). Cuando cayeron de mis labios las

primeras palabras de la confesión, el reverendo padre dió un salto atrás muy significativo. ¡Ah, ya comprendía mi embarazo, mis dificultades, mi modo de prolongar la declaración de pecados menos escabrosos!... ¡Y qué avergonzado estaba yo al confesar mi crimen! No sólo avergonzado, sino espantado, trémulo...

Había una viuda en el asunto; el reverendo me hizo prometer que constituiría una renta á la viuda de mi víctima, por un camino oculto, muy ingenioso á fe mía. No quería él conocer ningún nombre, pero lo que le interesaba era saber si había sido asesino con ó sin premeditación... Tras largas vacilaciones y doblegándome al peso de la vergüenza, confesé la premeditación, una verdadera asechanza. (*Un eclesiástico*: ¡Lo que está usted haciendo en este instante es abominable, caballero! *Otro oyente*: Para su castigo, ningún cura querrá ya recibir la confesión de usted; ¡es usted el último canalla! *Tumulto*. *Otro oyente*: Los curas que están aquí no deben permanecer un instante más. *El abate Garnier*: ¡No; debemos oír hasta el fin á ese miserable! *Algunas personas se levantan y abandonan el salón*). Que os vayais ó que os quedéis, me importa poco. Continúo.

Es deber mío rendir homenaje á ese reverendo padre jesuíta: nunca me han inquietado los jueces. Mi enredo me ha permitido, pues, poner á prueba el secreto de la confesión. Si contara algún día la historia de esos doce años, lo haría como hoy, con la más estricta imparcialidad y con calma, señor abate Garnier. (*Aprobación*). A lo que ahora me atengo es al hecho de mi primera victoria, como comenzo de la campaña. Si alguien se hubiese atrevido á decir al reverendo padre que yo no era el más serio de los convertidos, hubiera sido reprendido con dureza.

*
*
*

No entraba en mis planes apresurarme para ir á ver al Soberano Pontífice. En verdad la revelación del asesinato había tenido un éxito soberbio, pero el director de mi retiro en Clamart guardaba el secreto para sí solo. No había podido seguramente más que decir al jefe jerárquico que le había mandado escudriñar las profundi-

dades de mi alma: «¿León Taxil?... ¡Respondo de él!»

Alejadas las desconfianzas del Vaticano ¿cómo podía hacerme agradable? Porque, para llevar la broma al máximo que soñaba y que tuve la suerte indecible de alcanzar, necesitaba realizar algunos de los puntos del programa de la Iglesia más caros á la Santa Sede. Esta parte de mi plan había sido aplazada desde sus comienzos, dada mi resolución de darme primero cuenta exacta del catolicismo.

El Soberano Pontífice se había señalado un año antes por la Encíclica *Humanum Genus*, y esta Encíclica respondía á una idea decidida de los católicos militantes. Gambeta había dicho: «*El clericalismo; he ahí el enemigo.*» La Iglesia, por su parte: «*¡El enemigo es la Masonería!*» Injuriar á los masones era por tanto el mejor medio de preparar el camino á la colosal patraña de la que saboreaba por adelantado la suave dicha.

En los primeros tiempos los masones se indignaron; no preveían que la conclusión, pacientemente preparada, sería una carcajada universal; me creían enganchado para siempre. Decíase, se repetía que era una manera de vengarme de la *irradiación* en mi Logia, irradiación que databa de 1881 en modo alguna deshonrosa para mí y muy conocida; pequeña disputa provocada por dos hombres que ya han desaparecido, y desaparecido en condiciones lamentables. No, no me vengaba, me divertía; y si hoy se examinara la parte oculta de la campaña, se reconocería, hasta por los mismos masones que me han sido más hostiles, que á nadie he causado perjuicio; diré más aún; que he prestado un servicio á la Masonería francesa (*Interrupción.* Exajera usted.) Esperad á que me explique, y estoy seguro de que seréis de mi opinión. Quiero decir, que el haber publicado yo los rituales, ha influido seguramente en las reformas que han suprimido añejas prácticas, que se habían hecho ridículas á los ojos de todos los masones amigos del progreso.

Pero dejemos esto y resumamos los hechos. Siendo mi objeto crear, completa la diablería contemporánea, y más fuerte que la ciudad sub-lacustre de Lemán, había que

proceder con orden; era preciso plantar jalones, poner y empollar el huevo del que nacería el Paladismo: una patraña de esta especie no se urde en un día. (*Una voz: Se comprende.*) Me había convencido desde los primeros tiempos de mi conversión, que entre algunos católicos es cosa convenida que el nombre de «Gran Arquitecto del Universo», adoptado por la Masonería para designar al Ser Supremo sin pronunciarse por el sentido particular de ninguna religión, sirve en realidad para encubrir hábilmente á mosen Lucifer, ó Satán, el diablo. (*Varias voces: ¡Basta, basta! Se ha vuelto otra vez masón. Otros oyentes: Continúad, eso es interesante.*) Se citan en todas partes algunas anécdotas en que el diablo hace de pronto su aparición en una logia masónica y preside la sesión. Esto está admitido por los católicos. Hay más de lo que se cree pobres gentes que imaginan que las leyes de la Naturaleza son trastornadas en ocasiones por espíritus buenos ó malos y hasta por simples mortales. Yo mismo he sentido estupefacción al oír pedirme que hiciese un milagro. Un buen canónigo de Fribourg, cayendo en mi casa como una bomba, me dijo:—«Mi Sr. Taxil; usted es un santo. Para que se haya apartado de un abismo tan profundo, preciso es que tenga usted un montón de gracias sobre la cabeza (*sic*). En el momento que he sabido su conversión, he tomado el tren y héme aquí. Es necesario que á mi regreso pueda decir, no sólo que he visto á usted, sino también que ha hecho usted un milagro en mi presencia.» (*Risas.*) No esperaba una demanda semejante.—«¡Un milagro! respondí, no le comprendo á usted, señor canónigo.»—«Sí, un milagro, repuso, sea el que sea, á fin de que pueda testificarlo. El milagro que usted quiera. ¿Qué sé yo? Mire usted, por ejemplo... Esta silla... cambiéla usted en bastón, en paraguas»... (*Largas risas.*) Rehusé con dulzura realizar tal prodigio, y mi canónigo se volvió á Fribourg, diciendo que, si yo no hacía milagros, era por humildad. Algunos meses después me enviaba un queso inmenso de Gruyere, en cuya corteza había grabado con un cuchillo inscripciones piadosas y jeroglíficos de un misticismo descabellado; un queso excelente, por lo demás, al que no

se le veía el fin y que me comí con respeto infinito. (*Redoblan las risas; algunos oyentes católicos protestan.*)

Los primeros libros sobre la Masonería fueron una exposición de rituales con pequeñas añadiduras que parecía que no eran nada, con interpretaciones en apariencia anodinas; siempre que un pasaje resultaba oscuro, lo aclaraba en sentido grato á los católicos, que ven en mosen Lucifer el Gran Maestro Supremo de los masones. Mas esto apenas se indicaba. Allanaba yo de antemano y suavemente el terreno, salvo labrarlo en seguida y arrojar en él la semilla que tan bien debía germinar.

Tras dos años de este trabajo preparatorio, volví á Roma (*Una voz: ¡Ya hemos llegado!*) Recibido primero por el cardenal Rampolla y el cardenal Parocchi, tuve el honor de oír que mis libros eran perfectos. ¡Ah, sí; ponían perfectamente en claro lo que ya se sabía muy bien en el Vaticano, y era una dicha que un convertido publicara aquellos famosos rituales. (*Risas.*) El cardenal Rampolla me largaba cada «querido mío» más grande que una casa. ¡Y cómo sentía que yo no hubiera sido más que simple aprendiz en la Masonería! Pero desde el momento en que había logrado poseer los rituales, nada más legítimo que su reproducción. Reconocía en ellos, decía, todo cuanto había leído en los documentos que la Santa Sede posee, todo, hasta lo que, por obra mía, tenía el mismo valor que los tiburones de Marsella, ó la ciudad sub-lacustre (*Una voz: ¡Pillo, canalla, granuja, tunante!*) En cuanto al cardenal Parocchi, lo que más especialmente le interesaba era la cuestión de las Hermanas masonas; tampoco á éste le enseñaban nada mis preciosas revelaciones. (*Murmillos por un lado, risas por otro.*)

Había ido á Roma desprevenido, ignorando que es necesario tomarse mucho tiempo para obtener una audiencia particular del Soberano Pontífice; pero tuve la agradable sorpresa de no esperar. El Santo Padre me recibió, y estuve tres cuartos de hora en su presencia. (*Una voz: ¡Es usted un bandido!*) Desde aquella velada que pasé antes á solas con el cardenal secretario de Estado, había tomado mis precauciones para ganar esta

nueva partida: es seguro que dicho señor había recibido el encargo de estudiarme previamente. Por tanto, la impresión que me propuse causarle era la de un cerebro un poco exaltado, sin llegar, empero, al grado del canónigo de Fribourg. (*Risas*). El informe verbal que el cardenal Rampolla debió hacer al Santo Padre, me valió la acogida deseada.

Desde que fui admitido bajo la bandera de la Iglesia, estaba convencido de una verdad: que no se puede ser buen actor si no se embute uno en la piel del personaje que representa, y si no se cree, momentáneamente al menos, que lo ha conseguido. Si en el teatro se representa una escena de desesperación, no hay que fingir las lágrimas; el cómico de la legua se enjuga con el pañuelo los ojos secos; el artista llora realmente. (*Una voz: ¡Pillo, bribón!*) Por tanto, durante toda la mañana que precedió á mi recepción, me penetré de tal modo de mi papel, que estaba dispuesto á todo, seguro de no tropezar y á salvo de toda sorpresa. (*La voz del orador se pierde un momento en el tumulto*). Cuando el Papa me preguntó:—Hijo mío, ¿qué desea usted?—le respondí:—Santo Padre, morir á vuestros pies, aquí, en este momento... Esa sería mi felicidad más grande. (*Risas. Un oyente: ¡Respete á León XIII! ¡Usted no tiene el derecho de pronunciar su nombre!*) León XIII se dignó decirme sonriendo, que mi vida era todavía muy útil para los combates de la fe, y abordó la cuestión de la Masonería. Tenía todas mis obras en su biblioteca particular; las había leído de cabo á rabo, é insistió en lo de la dirección satánica de la secta. No habiendo sido más que aprendiz, era grande mi mérito al haber comprendido que el «diablo está allí». Y el Soberano Pontífice recalcó la palabra *diablo* con una entonación que me es fácil interpretar. Paréceme que lo oigo todavía repetirme: «¡el diablo! ¡el diablo!»

Cuando salí llevaba la convicción de que mi plan podía realizarse hasta el fin. Lo que importaba era no ponerme ya en primera línea, hasta que el fruto estuviese maduro.

El árbol del luciferismo moderno comenzaba á crecer;

le dediqué todos mis cuidados algunos años todavía. En fin, rehice uno de mis libros, introduciendo en él un ritual paládico, obtenido por comunicación, pero de mi propia fábrica desde la primera hasta la última línea. (*Un oyente: ¡Y escuchamos esto! ¡Esto es repugnante!*) De esta vez el Paladismo ó Alta-Masonería luciférica había visto la luz. El nuevo libro obtuvo las más entusiastas aprobaciones, entre ellas las de todas las revistas dirigidas por los Padres de la Compañía de Jesús.

Había llegado la hora de ^{**} eclipsarme, sin lo cual hubiera fracasado lastimosamente la jugarreta más fantástica de los tiempos modernos.

Púseme á buscar el primer colaborador necesario. Hacía falta alguno que, habiendo viajado mucho, pudiera referir una investigación misteriosa de ese Paladismo, como dirigiendo secretamente todas las logias y tras-logias del mundo entero. Precisamente un antiguo compañero de colegio, que volví á encontrar en París, había sido médico de marina. Nada le declaré al principio respecto á la mistificación. Le dí á leer algunos libros de autores que se habían hecho un lío á consecuencia de mis revelaciones pasmosas. La más extraordinaria de aquellas obras es la de un jesuíta, monseñor Meurin, obispo de Port-Louis (Ile Maurice), que fué á verme en París y me consultó. ¡Figúrense si iría bien enterado!... (*Risas.*) Meurin, excelente erudito orientalista, con nadie podría ser comparado mejor que con el arqueólogo polaco que tan bien había distinguido un resto de estatua ecuestre entre las ruinas de la plaza pública de mi ciudad sub-lacustre. (*Nuevas risas.*) Partiendo de la bien sentada idea de que los masones adoran al diablo, y convencido de la existencia del Paladismo, ha descubierto las cosas más extraordinarias en el fondo de las palabras hebreas que sirven de contraseña, etc., en los innumerables grados de los ritos masónicos. Cordones, delantales, accesorios, rituales, todo lo ha escudriñado; ha examinado hasta los más insignificantes bordados en el pedazo más pequeño de tela que haya pertenecido á un masón, y con la mejor buena fe del mundo ha encontra-

do en todas partes el nombre de Paladismo. Recordaré siempre, como las horas más alegres de mi vida, aquellas en que me leyó en manuscrito su volumen *La Franc-Maçonnerie synagogue de Satan*. Esta obra me sirvió admirablemente para convencer á mi amigo el doctor de que en todo el simbolismo masónico había, en verdad, un secreto sentido luciférico.

El doctor, en el fondo, se burlaba de eso; mas había estudiado realmente el espiritismo como aficionado curioso; sabía que existen en el mundo algunos creyentes de las manifestaciones sobrenaturales, de los fantasmas, de los aparecidos, etc.; sabía que en pequeñas reuniones de ocultistas, bromistas amables, hacen ver espectros á las buenas gentes que han olvidado á Robert Houdin; pero ignoraba que en la masonería se entregaban á operaciones semejantes; que hubo un culto especial de ocultismo luciférico y masónico; ignoraba el Paladismo y sus Triángulos, los Magos Elegidos y las Maestras Templarias y toda aquella asombrosa organización suprema que yo había imaginado y de la que monseñor Meurin y otros daban la confirmación científica. En mi libro: *¿Hay mujeres en la franc-masonería?*, había colocado el personaje de cierta Gran Maestra de ese Paladismo, una tal Sofía Safo, de quien solamente dí la inicial del pretendido nombre verdadero, W. A mi amigo el doctor le dije el nombre entero en confianza, y creyó en la existencia de Sofía Walder.

Entendámonos bien. Por libros tales como el de monseñor Meurin, el doctor creyó en el Paladismo y en los diversos personajes que ya comenzaban á aparecer como héroes de mi mistificación; pero no intenté ni por asomo hacerle creer las manifestaciones sobrenaturales que se trata de relatar. (*Nuevo tumulto. Un religioso prorrumpe en risas y se pone á aplaudir. Estupefacción profunda de los curas que están á su alrededor*). En definitiva, ved cómo solicité el concurso de mi amigo el doctor: «¿Quieres colaborar en una obra sobre el Paladismo? Yo conozco la cuestión á fondo; pero publicar rituales no ofrece igual interés que contar aventuras en calidad de testigo, sobre todo si esas aventuras son es-

tupendas... Por otra parte, para más enternecer á las buenas almas, es fuerza que el narrador sea un héroe él mismo, no un paladista convertido, sino un católico celoso que se pone la máscara diabólica para con peligro de su vida hacer una información tenebrosa. Te doy un seudónimo, pues diremos que, por muchísimas razones, no puede el autor dar su nombre á la publicidad; por ejemplo, que tiene que hacer aún otra investigación entre los nihilistas (*Risas*). No te darás á conocer más que á un pequeño grupo de eclesiásticos. Me enviarás el itinerario de tus viajes, y conforme á él te prepararé un cañamazo en que no tengas más que bordar; además copiaré tu manuscrito, con objeto de corregir, cortar, y sobre todo, añadir. A ti, la parte médica, la descripción de las poblaciones y algunos relatos; tócame á mí la parte técnica del Paladismo, los informes sobre todos los personajes que vamos á hacer desfilar, y el mayor número de los episodios complementarios... En suma, necesito tu colaboración por valor de treinta ó cuarenta entregas. No tengas inquietud alguna respecto á que te desmientan. Como por las obras que te he dado á leer has podido convencerte, los paladistas se componen de dos elementos: unos cuantos desequilibrados que creen realmente en Lucifer y en Dios y que su culto debe permanecer secreto durante cierto número de años, y los intrigantes, que se sirven de esos desequilibrados, sujetos excelentes para sus experiencias de espiritismo oculto. Ni los unos ni los otros podrían protestar públicamente, pues que la primera condición para pertenecer al Paladismo es el más riguroso secreto; de aquí que si protestaran, quedarían sin efecto sus negativas, porque parecerían interesadas.»

Mi amigo el doctor aceptó, y para retenerle en la idea de que el Paladismo existía realmente, á pesar de la patraña de los hechos maravillosos atribuída por nosotros á sus Triángulos, hice que recibiera algunas cartas de Sofía Walder. Sofía se indignaba de que él pretendiese conocerla. El doctor me transmitía fielmente aquellas cartas. A la tercera ó cuarta que recibió, me decía: «Mucho temo que esa mujer nos arme un escándalo y de-

muestre A por B, que lo que de ella propalamos es mentira pura.» (*Risas*). Yo le contesté: «Tranquilízate; protesta por la forma; en el fondo le divierte leer que tiene el don de pasar á través de las paredes, y que posee una serpiente que, con la punta de la cola le escribe profecías en la espalda. (*Risas*). He hecho que me pongan en relación con ella, y le he sido presentado; es una buena muchacha; una paladista burlona; todo eso la hace desternillar de risa... ¿Quieres que te presente á ella?» ¿Cómo no? Era feliz en hacer conocimiento con Sofía Walder.

Algunos días después envié á mi amigo una carta de la Gran Maestra Paladista; ésta consentía en que le fuese presentado. Nos dimos cita en mi casa, y de allí debíamos ir á buscar á Sofía Safo, que hasta nos invitaba á comer. Mi amigo se me presentó en traje de etiqueta y como si hubiera sido invitado en el Eliseo. Le mostré la mesa servida en mi casa, y aquella vez le conté todo, ó, por lo menos, casi todo. ¡Sofía Walder, un mito!... ¡El Paladismo, mi creación más bella, existiendo sólo en el papel y en algunos millares de cerebros!... No podía volver en sí... Tuve que darle pruebas... Cuando quedó convencido, halló aun más chusca la mistificación y siguió prestándome su concurso. Entre las cosas que se me olvidó decirle, hay una que sabrá por esta Conferencia: el por qué de hacerle tomar el seudónimo de *Doctor Bataille*. Fué para marcar mejor el carácter de ataque, la guerra al Paladismo. Pero la razón para mí, la razón íntima del *dilettante* bromista, era esta: un antiguo amigo mío, hoy difunto, fué bromista sin rival, príncipe de los enredos y bromas en el barrio latino; el ilustre Sapeck; yo le hacía revivir hasta cierto punto sin que se sospechase. En efecto, el verdadero nombre de Sapeck, era Bataille. (*Risas prolongadas.*)

El doctor mi amigo no bastaba para la realización de mi plan. *Le Diable au XIX^e siècle*, según ese plan, debía preparar la entrada en escena de una Gran Maestra luciférica, que se convertiría al fin. En la obra firmada por mí había presentado á Sofía Safo, pero bajo los más negros colores; me había dedicado á hacerla todo lo anti-

pática posible á los buenos católicos; era allí el tipo perfecto de la diablesa incarnada, revolcándose en el sacrilegio, una verdadera satanista, tal como se ven en las novelas de Huysmans. Sofía Safo, ó Mlle. Sofía Walder, sólo estaba allí para repeler á otra luciférica, más ésta simpática, una criatura angelical, viviendo en el infierno paladista por las circunstancias casuales de su nacimiento. Respecto á esto, la obra firmada por Bataille, quería yo que fuese la encargada de darla á conocer al público católico. (*Una voz.* ¡Qué canalla! ¡Qué inmundo crapuloso!) Como esa luciférica excepcional había de convertirse en momento dado, preciso era tener una de carne y hueso para el caso de una presentación indispensable. Poco antes de volver á encontrar á mi compañero de la infancia, el doctor, las necesidades de mi profesión me habían puesto en contacto con una copista dactilógrafa, que era representante en Europa de una de las grandes fábricas de máquinas de escribir, en los Estados Unidos. Tuve que darle en aquel tiempo muchos escritos á copiar; vi en ella una mujer inteligente, activa viajando de vez en cuando para sus negocios, y á más de humor alegre, de elegante sencillez, como suelen ser en las familias protestantes. Su familia era francesa; su padre y su madre, ya entonces difuntos, eran franceses; el origen americano se remontaba á su bisabuela. A pesar de la semejanza del apellido, ningún lazo de parentesco tiene con Ernesto Vaughan, ex-administrador del *Intransigeant*. Hay muchos Vaughan en Francia, así como en Inglaterra y los Estados Unidos. Digo todo esto en atención á que podría hoy creerse que M. Ernesto Vaughan, con quien en otro tiempo tuve algunas relaciones, y cuyo cuñado fué siempre uno de mis mejores amigos, había sido más ó menos directamente cómplice en mi mistificación. Me interesa evitar todo quid-pro-qué; Miss Diana Vaughan no es pariente suya en ningún grado, y el homónimo es pura casualidad. No podía haber dado con nada mejor. Nadie tan apto para secundarme como Mlle. Vaughan. ¿Pero aceptaría?

No le hice la proposición á quemarropa; la estudié primero, y la interesé poco á poco en la diablura, que la di-

vertía mucho. Es, ya lo he dicho, más bien librepensadora que protestante; así es que se quedaba estupefacta al confirmar que en este siglo hay aún personas que creen seriamente todas las simplezas de la brujería de la Edad Media. (*Una voz:* No hemos venido aquí para oír esas cosas). *Otras voces:* ¡Continúe, continúe!) Es extraño que sean los que me interrumpen los mismos que, en sus periódicos, me exhortaban á que hablase. Continúo. Mi primera proposición á Mlle. Vaughan fué á propósito de las cartas de Sofía Walder. Consintió en que las hiciera una de sus amigas. Entonces adquirí la prueba de que las mujeres son mucho menos habladoras de lo que se supone, y de que, si su pecado leve es ser curiosas, en cambio puede contarse con su discreción. Jamás la amiga de Mlle. Vaughan se alabó con nadie de haber escrito las cartas de Sofía Walder. Además las cartas no fueron muchas. En fin, decidí á Mlle. Vaughan á que fuera mi cómplice hasta el éxito final de mi mistificación. Hice con ella el siguiente contrato: 150 francos al mes por la copia de manuscritos en dactilografía, así como por las cartas copiadas á mano. No hay para que decir que, en caso de viaje preciso, se le satisfarían todos los gastos; pero nunca aceptó la menor cantidad á título de regalo. En realidad se divertía muchísimo con aquel chistoso enredo y le tomaba el gusto; estar en correspondencia con obispos, cardenales; recibir cartas particulares del Soberano Pontífice, contarles cuentos capaces de hacerles dormir, informar al Vaticano respecto á los negros *complots* de los luciféricos, todo eso la ponía de buen humor y le causaba alegría inexplicable. (*Risas*) Me daba las gracias por haberla asociado á aquella burla colosal, y si hubiera tenido aquella riqueza que la atribuíamos, no sólo hubiera rehusado el precio convenido por su colaboración, si no que hasta hubiera pagado todos los gastos con la mejor voluntad. Ella fué quien nos dió á conocer, para disminuir los gastos, la existencia de agencias privadas de correos. Había recurrido en Londres á ellas y nos las indicó, así como también *l'Alibi-Office* de Nueva York.

Le Diable au XIX Siecle fué, pues, escrito principal-

mente para acreditar á Mlle. Vaughan, á quien desde entonces destinaba yo el primer papel en la mistificación. Si se hubiera llamado Campbell ó Tompson hubiéramos dado á nuestra simpática endemoniada el nombre de miss Campbell ó de miss Tompsom. Nos limitamos á hacerla americana, salvo haber nacido accidentalmente en París. Colocamos á su familia en Kentucky y esto nos hizo interesante á nuestro personaje, multiplicando á su cargo extraordinarios fenómenos que nadie podía comprobar (*Risas*). Hubo otra razón: la de que había colocado en los Estados Unidos (Charleston) el centro del Paladismo, dándole por fundador al difunto general Albert Pike, Gran Maestro del Rito Escocés en la Carolina de Sur. Este célebre masón, dotado de erudición vastísima, había sido una de las altas lumbreras de la Orden. De él hicimos el primer Papa luciférico, jefe supremo de todos los masones del globo, conferenciando invariablemente todos los viernes á las tres de la tarde con mosen Lucifer en persona. (*Explosión de risas*). Lo más curioso del asunto es que hay masones que se han embarcado conmigo, sin que nadie los haya solicitado, y el buque del Paladismo ha sido un verdadero acorazado al lado del remolcador que en mis comienzos hice que enviaran á la caza de tiburones en la rada de Marsella. (*Nuevas risas*). Si, he visto periódicos masónicos como la *Reinassanse Symbolique* tragarse una circular dogmática en el sentido de ocultismo luciférico, la circular de 14 de Julio de 1889, escrita por mi persona y que figuraba haber sido transmitida desde Charleston á Europa por miss Diana Vaughan de parte de Albert Pike, su autor.

Cuando nombré á Adriano Lemmi segundo sucesor de Albert Pike en el Soberano Pontificado Diabólico (por que no fué en el palacio Borghesi sino en mi despacho donde fué elegido Papa de los masones) (*Risas*); cuando fué conocida aquella elección imaginaria por los masones italianos, entre los que había uno diputado del Parlamento, creyóse el caso serio. Les molestaba el saber, por las indiscrecciones de la prensa profana, que Lemmi hacia con ellos el oficio de carcelero y que los tenía ale-

jados de aquel famoso Paladismo del que ya se hablaba en el mundo entero. Congregarónse, pues, en Palermo, constituyeron tres Consejos Supremos independientes en Sicilia, en Nápoles y en Florencia, y nombraron á miss Vaughan socia de honor y protectora de su federación. (*Una voz:* Como broma, no estaba mal. *Otro oyente:* Aquellos masones eran vuestros cómplices.) Dejemos eso. Os lo repito; no he tenido mas que dos auxiliares, y al corriente del secreto de la mistificación: mi amigo el doctor y mademoiselle Diana Vaughan. Un auxiliar inesperado, pero que en ningun modo fué cómplice, háyase dicho lo que se quiera, fué M. Margiotta, mason de Palmi en Calabria. Se enganchó para mistificar y fué más mistificado que los otros. Y lo divertido hasta más no poder, fué el contarnos que había conocido á la Gran Maestra Paladista en uno de sus viajes por Italia (*Risas.*) Verdad es que yo le había obligado dulcemente á hacerme aquella confianza; le había metido en la cabeza que aquel viage se había realizado; había creado en torno suyo una atmósfera de Paladismo; había hecho que se encontrase en Roma con un Capellán de Leon XIII, que le había convidado á comer con miss Diana algún tiempo antes. (*Risas ruidosas y protestas.*) Después le había deslizado que miss Diana Vaughan, cuando en su pretendido viage de 1889 trajo á Europa la, llamémosla circular dogmática de Albert Pike, recibió en el hotel Victoria de Nápoles dos grupos numerosos de masones. Sabía yo que Margiotta, que es poeta, había dedicado á Bovio un tomo de versos, y tuve cuidado de decir que los masones presentados á miss Vaughan en 1889 lo habían sido por Bovio y por Cosma Panunzi. Añadí que los hermanos á quienes había dado el té eran tan numerosos, que no se acordaba de sus nombres ni de sus fisonomías. Margiotta aventuró, tímidamente al principio, algunas alusiones á aquel antiguo encuentro; luego, viendo que pegaba, y que miss Diana no había de desmentirle, lo afirmó rotundamente. Fui mas lejos aún. Cuando juzgué que era preciso impedir la broma adivinada en Alemania y guarecerse en el silencio de una Comisión; cuando me entendí con el doctor para avivar el atonta-

miento de los cardenales uistificados; cuando Bataille y yo, *siempre de acuerdo*, fingimos que tirábamos con bala roja el uno contra el otro, Margiotta, abriendo al fin los ojos, temió el ridículo, y prefirió declararse cómplice antes que ciego enganchado en nuestra flota.

Pero no convenía que apareciéramos más numerosos que lo éramos en realidad: éramos tres, y era bastante. Los mismos editores se engañaron en la cuestión de los precios altos. Por lo demás, no tienen que quejarse; primeramente, porque nuestras maravillosas revelaciones les valieron las más expresivas felicitaciones episcopales, sin contar las de los graves teólogos que nuestro cocodrilo tocando el piano y los viajes de Mademoiselle Vaughan en diversos planetas no habían logrado asombrar (*Risas*); y además, porque aquella triple colaboración les ha permitido dar al público dos obras que pueden rivalizar con *Las mil y una noches*, que han sido devoradas con delicia, y que se leerán mucho tiempo aun, no por convicción, mas sí por curiosidad.

*

No es poco, en efecto, haber hecho admitir en nuestro siglo XIX nuestras maravillosas historias. No obstante, me preguntó hasta qué punto los que aprobaron desde la altura al Paladismo, hoy desenmascarado, tendrían derecho á incomodarse. Cuando se advierte que se ha sido engañado, lo mejor es reírse con el público de la galería. Si, señor abate Gamier; al incomodarse, hará que se rían más de usted. (*El abate Garnier: ¡Es usted un canalla! Se procura calmar al abate Garnier. Cuando el tumulto se calma, prosigue Leon Taxil:*

Los mistificados del Paladismo pueden dividirse en dos clases: los que han estado en él enteramente de buena fe, y los que han sido víctimas de su ciencia teológica y de sus encarnizados estudios en todo lo que á la Masonería atañe. Me ha sido preciso sumergirme hasta el cuello en esas dos ciencias para imaginarlo todo, y todo de manera que no les permitiese descubrir la superchería. ¿Se creerá, por ejemplo, que era cosa fácil hacer creer á M. de la Rive, que es la investigación incarnada, que escudriña con el microscopio las cosas más

pequeñas, y que da punto y raya á nuestros mejores jueces de instrucción? Puede alabarse de haberme dado mucho que hacer. El Paladismo entero había sido sólidamente edificado, en cuanto á la parte masónica propiamente dicha, pues que los masones han creído que el edificio no era una decoración vana y han querido entrar en él. (*Risas*) La imposibilidad del Paladismo no salta á la vista sino por lo sobrenatural de que lo hemos llenado; luego esas diabluras no podían poner en guardia más que á los que no creen en esas otras diabluras contadas en otros libros; en los piadosos. Asmodeo transportando á miss Diana Vaughan al Paraíso terrestre no es mas extraordinario que mosén Satán transportando á Jesucristo á una montaña desde cuya cima le muestra todos los reinos de la Tierra... que es redonda. (*Diversas voces. ¡Bravo!*) Se tiene fe ó no se tiene. (*Risas*).

Pero aparte de esa primera categoría de mistificados, hay una segunda, y en esta no ha habido mistificación absoluta. Los buenos abades y religiosos que han admirado en Diana Vaughan una hermana masona y luciférica convertida, tienen el derecho de creer que existen tales masonas. No las han visto, no las han encontrado nunca, pero ¿pueden decir que no las haya en su diócesis?

En Roma sucede lo mismo; en Roma no debe ignorarse que no hay otras masonas que las esposas é hijas ó hermanas de los masones, admitidas á los banquetes, á las fiestas públicas, y hasta reuniéndose ellas aparte, muy honradamente, en sociedades particulares compuestas únicamente de elementos femeninos, como sucede en los Estados Unidos con las hermanas de la Estrella de Oriente ó las Damas de la Revolución (*Muestras de aprobación*). Es fácil de comprender, mediante un poco de reflexión, que si existiesen hermanas masonas tales como los antimasones se las figuran, hubiera habido conversiones de largo en tanto tiempo. La prisa con que en Roma han acogido la pretendida conversión de miss Vaughan es muy significativa. Pensad que Mr. Lazza-rechi, delegado de la Santa Sede junto al Comité Central de la Unión antimasonica, mandó celebrar un triduo de acción de gracias en la iglesia del Sagrado Corazón

en Roma. *El himno á Juana de Arco*, compuesto, al parecer, por miss Diana (letra y música), ha sido ejecutado en las fiestas antimasónicas del Comite romano. Esta música, que casi se ha convertido en música sagrada, y ha sido oída con gran solemnidad en las basílicas de la Ciudad Santa, es el aire de *Seringue philharmonique*, chocarrería musical que un compositor amigo mio, director de orquesta del sultan Abd—ul—Aziz compuso para los esparcimientos del Serrallo. (*Risas prolongadas. Gritos: ¡Eso es abominable! ¡Ah! ¡El granuja!*) Tal entusiasmo romano debe hacernos reflexionar.

Recordaré dos hechos característicos. Bajo la firma del *Doctor Bataille* referí, y he confirmado con la firma de miss Vaughan, que el templo masónico de Charleston tiene un laberinto en cuyo centro está la capilla de Lucifer. (*M. Oscar Havard: El obispo de Charleston ha declarado que eso es una impostura.*) Perfectamente, es lo que iba á decir dentro de un instante. Pero no ha triunfado usted; espere un poco. He contado, digo, que en el templo masónico de Charleston, uno de los salones, de forma triangular, llamado *Sanctum Regnum*, tiene por adorno principal la estatua monstruosa de Baphomet á la cual rinden culto los altos masones; que otra sala posee una estatua de Eva, que se anima cuando una Maestra Templaria es particularmente agradable al amo Satanás, y que esta estatua se convierte entonces en demonio Astarté, que vive un momento para dar un beso á la Maestra Templaria privilegiada. He publicado el pretendido plano de ese inmueble masónico; ese plano lo dibujé yo mismo. Pues bien; Monseñor Northrop, obispo católico de Charleston, hizo un viage á Roma expresamente para asegurar al Soberano Pontifice que esos relatos eran pura fantasía. Se ignoraría ese viage si Monseñor Northrop no se hubiese dejado interrogar en el camino; así se supo lo que le había dicho al Papa. Era esto: «Es falso, absolutamente falso, que los masones de Charleston sean los jefes de un Rito Supremo Diabólico. Conozco particularmente á los principales: son protestantes animados de las mejores intenciones; ni uno solo piensa en entregarse á prácticas de ocultismo. He

visitado su templo; ninguno de los salones indicados por el doctor Bataille y miss Vaughan se encuentra allí: el tal plano es una broma.» Monseñor Northrop no protestó al volver de Roma y desde entonces ha guardado silencio. Miss Diana Vaughan, por el contrario, ha replicado á la información de monseñor Northrop diciendo: «Que el mismo obispo de Charleston era masón, y que ella ha recibido la bendición del Papa.» (*Sensación.*)

Segundo hecho. Con las firmas de Bataille y Vaughan he relatado y confirmado que en Gibraltar, bajo la fortaleza inglesa, se encuentran inmensos talleres secretos, en los que hombres monstruos fabrican todos los instrumentos usados en las ceremonias del Paladismo. Y miss Diana Vaughan, interrogada acerca de este asunto por altas dignidades eclesiásticas de Roma, se divirtió contándoles con su mejor letra: «que nada hay mas verdad que el que las fraguas de esos misteriosos talleres de Gibraltar se alimentan con el fuego del mismo Infierno» (*Risas*). Monseñor el Vicario apóstolico de Gibraltar escribió por su parte que confirmaba lo que ya se había visto en la necesidad de declarar á diversas personas: que la historia de esos talleres secretos era una invención atrevida que no se basaba en nada, absolutamente en nada, y que estaba indignado de ver que eran creídas tales leyendas. El Vaticano no publicó la carta del Vicario apóstolico de Gibraltar, y miss Vaughan ha recibido la bendición del Papa. (*Aplausos; muchas voces: ¡Bravo, Taxil!*) ¿Hay que recordar algunas de esas cartas de aprobación que miss Vaughan ha recibido? (*Varias voces entre los periodistas católicos: ¡Eso no es verdad! ¡No ha habido aprobación!*) ¡Cómo! ¿Os atreveréis á negarlo? Cartas cantan. He aquí una de aprobación; es del cardenal Parocchi, Vicario de su Santidad. Está fechada el 16 de Diciembre de 1895.

«Señorita y querida hija en N. S.

Con viva y muy dulce emoción he recibido su amable carta de 20 de Noviembre, con el ejemplar de la *Neuvaine Eucharistique*... Su Santidad me ha encargado que envíe á usted de su parte una bendición especial...

Hace mucho tiempo que ha conquistado usted mis simpa-

tías. Su conversión es uno de los triunfos más magníficos de la gracia, que yo conozco.

En este momento leo las *Memorias* de usted, que tienen palpitante interés.

Crea usted que no la olvidaré en mis oraciones, especialmente en el Santo Sacrificio. Por su parte no cese de dar gracias á Nuestro Señor Jesucristo por la gran misericordia que ha tenido con usted y el brillante testimonio de amor que le ha dado. Ahora, reciba usted mi bendición y créame,

Todo suyo afectísimo en el Corazón de Jesús.—*L. M.*—
Cardenal-Vicario.

He aquí otra carta en papel oficial, del Consejo general directivo de la Unión Antimasónica, es decir, del más alto comité de acción contra la Masonería, comité constituido por el mismo Papa, comité que á su cabeza tiene un representante oficial de la Santa Sede, monseñor Lazzareschi. Oid:

Roma 27 Mayo 1896.

Señorita: Monseñor Vincenzo Sardi, que es uno de los secretarios particulares del Santo Padre, me encarga que escriba á usted por orden de Su Santidad misma. Debo decirle también que Su Santidad ha leído con gran placer su *Neuacine Eucharistique*.

El Señor Comendador Alliata ha celebrado una Conferencia con el Cardenal-Vicario sobre la veracidad de la conversión de usted. Su Eminencia está convencida, pero Ella ha manifestado á nuestro presidente que no podía testificarlo públicamente. "*Yo no puedo traicionar los secretos del Santo Oficio*"; esto es lo que ha respondido Su Eminencia al señor Comendador Alliata.

Suyo afectísimo en Nuestro Señor.—*Rodolfo Verzichi.*—
Secretario general."

El secretario particular de León XIII, ese mismo monseñor Vincenzo Sardi, del que acabamos de hablar, escribió á su vez, entre otras cosas:

"Roma 11 Julio 1896.

Señorita: Me apresuro á expresar á usted las gracias que le son debidas por el envío de su último volumen sobre Crispi...

(Se trata de un libro en que, bajo la firma de miss Diana Vaughan, había yo contado que Crispi tenía pacto con un diablo nombrado Haborym; que Crispi había asistido

en 1885 á una sesión paládica, en la que un diablo llamado Bitrú, al presentar á Sofía Walder á cierto número de hombres políticos italianos, les había anunciado que la dicha Sofía daría á luz el 29 de Septiembre de 1896 una hija, que sería abuela del Ante-Cristo. Este libro lo envié al Vaticano). El secretario particular del Papa daba las gracias y añadía:

«Continúe usted, continúe, señorita, escribiendo, y desenmascarando la inicua secta. La Providencia ha permitido por eso mismo, que haya usted pertenecido á ella tanto tiempo...

Me recomiendo de todo corazón á sus oraciones, y con sincera estimación me declaro de usted afectísimo.—*Monseñor Vincenzo Sardi.*»

La *Civitta Cattolica*, la más importante de las revistas católicas del mundo, el órgano oficial del general de los jesuitas, que se publica en Roma, insertaba estas líneas en su número 1110 de Septiembre de 1896:

«Queremos darnos al menos una vez el placer de bendecir públicamente los nombres de los campeones valerosos que han entrado los primeros en la gloriosa arena; entre ellos está la noble miss Diana Vaughan.

Miss Diana Vaughan, llamada de la profundidad de las tinieblas á la luz de Dios, preparada por la Divina Providencia, armada de la ciencia y de la experiencia personal, vuélvese hacia la Iglesia para servirla, y parece inagotable en sus preciosas publicaciones, que no tienen igual por su utilidad y exactitud.»

No sólo se consideraba como una heroica polemista á miss Vaughan, entre los que rodean al Papa, si no que se la colocaba al nivel de los Santos. Cuando se comenzó á combatirla, el secretario del Cardenal Parocchi le escribió desde Roma, el 19 de Octubre de 1896:

«Continúe, señorita, con su pluma y piedad, y pese á los esfuerzos del Infierno, suministrando armas para derribar al enemigo del género humano. Todos los santos han visto sus obras combatidas; no es, pues, extraño que la de usted no se libre.

Tenga usted, señorita, la bondad de aceptar mis vivos sentimientos de admiración y respeto.—*A. Villard*, Prelado de la Casa de Su Santidad, secretario de S. E. el Cardenal Parocchi.»

Bien saben ustedes, señores periodistas católicos, que estas cartas se enviaron á mademoiselle Vaughan. Posible es que hoy os molesten, pero son documentos históricos; no han sido falsificados, y no renegarán de ellos sus eminentes autores, que no sólo patrocinaron aquella mistificación, sino que impulsaron á mademoiselle Vaughan, creyéndola una cabeza exaltada, á entrar en juego para la preparación de sus milagros.

Hoy me falta el tiempo; sin embargo, voy á daros á conocer un hecho, en este orden de ideas. Todo el mundo sabe que, *según la leyenda católica*, cuando quemaron á Juana de Arco quedóse estupefacto el verdugo al observar que sólo el corazón de la heroína no había sido consumido por el fuego; en vano echó más azufre y pez ardiendo; el corazón no se pudo quemar. Entonces, por mandato de los ordenadores del suplicio, el corazón de Juana de Arco fué arrojado al Sena. La clerecía francesa pide ahora la canonización de Juana de Arco; pero Roma es la que canoniza, y Roma está en Italia. La clerecía francesa ha encontrado un argumento en favor de lo que pide: una costilla carbonizada. En Italia se preparan á tener algo mejor: una Terciaria ha concebido la extraordinaria idea de que encontrará el corazón de Juana de Arco; un ángel se lo traerá sin duda. Esa Terciaria ultra-mística ha escrito á mademoiselle Vaughan, y el mismo secretario del Cardenal-Vicario ha recomendado á dicha señorita que cambie con aquella piadosa persona sus impresiones respecto á los hechos sobrenaturales relativos á Juana de Arco. Fácil es comprender lo que esto quiere decir. Estad seguros: cualquier día un ángel traera el corazón, no á Francia, sino á Italia, del mismo modo que los ángeles trajeron á Loreto la casa de Nazaret. Juana de Arco será canonizada, y todos los peregrinos franceses que vayan á Italia no dejarán de visitar el convento italiano poseedor del corazón milagrosamente hallado, y sus visitas serán fructuosas ¿no es cierto? (*Risas.*)

Miss Vaughan vió, pues, llover sobre ella los favores de los príncipes de la Iglesia; los masones de Francia, de Italia, de Inglaterra se reían para sus adentros, y te-

nían razón. Por el contrario, un masón alemán, Findel, se había puesto rojo de cólera y fulminado un folleto muy bien escrito. ¡Gran emoción! Aquel folleto fué así como una piedra arrojada en un charco de ranas.

Se trataba de tomar una resolución enérgica Findel comprometía el éxito final de mi mistificación: su gran error fué creer que el golpe estaba preparado por los jesuitas. ¡Les había yo enviado un fragmento del rabo de Moloch como pieza de convicción del Paladismo! (*Explosión de risas.*)

En el Vaticano se sobresaltaron. Pasóse de un extremo al otro; se enloquecieron; preguntábanse si se estaría en presencia de una bola que estallara contra la Iglesia en vez de servirla. Nombróse una Comisión investigadora que funcionó en secreto para saber exactamente á qué atenerse. Desde aquel punto el peligro se agrandaba. Mi obra estaba expuesta, y no quería naufragar en el puerto. El silencio era el fracaso, la estrangulación de mi engaño en los calabozos de la Comisión romana, la prohibición á los periódicos católicos de decir una sola palabra.

Mi amigo el doctor fué á Colonia. Desde allí me dió á conocer la situación. Partí para el Congreso de Trento bien prevenido. A mi regreso, la primera persona que vi fué mi amigo. Le comuniqué mi temores acerca de la estrangulación por el silencio. Entonces convinimos cuanto se ha escrito y hecho. Si los redactores de *L'Univers* lo dudan, puedo decirles cuáles son los pasajes que han suprimido en las cartas del doctor Bataille. Yo fuí quien de tal modo atizó su fuego, por que era preciso que la prensa del mundo entero se pusiera al corriente de aquella grande y extraña aventura; y era preciso además que pasase un gran espacio de tiempo para que el alboroto de los católicos furiosos, la polémica con los partidarios de miss Diana Vaughan, pudieran atraer la atención de la alta prensa, la que marcha con el progreso y cuenta sus lectores por millones.

Antes de terminar, debo ^{*} un saludo á un bromista desconocido, á un perspicaz colega americano; los bromistas

se entiende de uno al otro extremo del mundo sin necesidad de cambiar cartas ni aun recurrir al teléfono. Saludo, pues, al querido ciudadano de Kentucky que tuvo la amable idea de ayudarme sin ningún interés, que confirmó en él *Courier Journal* de Louisville las revelaciones de miss Diana Vaughan, y que ha asegurado, á quien ha querido oírlo, que había tratado intimamente á la querida miss durante siete á ocho años, y que la había encontrado con frecuencia en diversas sociedades secretas de Europa y América... donde nunca ha puesto los piés.

Señoras, señores: se os había anunciado que el Paladismo sería hoy echado por tierra. Ha ocurrido más: está aniquilado: ya no existe.

Me había acusado de un asesinato imaginario en mi confesión general con el padre jesuita de Clamart. Pues bien, á vosotros os hago la confesión de otro crimen: he cometido un infanticidio. Ahora el Paladismo está muerto, bien muerto. ¡Su padre acaba de asesinarle!

Un tumulto indescriptible acoje esta confesión. Unos rien á carcajadas y aplauden al conferenciante; los católicos gritan y silban. El abate Garnier se sube en una silla y quiere arengar á la concurrencia, pero se lo impiden los ¡fuera, fuera! Varios concurrentes entonan la canción cómica de Meusy: ¡O Sacré Cœur de Jésus!

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 CENTIMOS

CRISTO EN EL VATICANO, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTE, por *El Motín*. Con láminas.

LA LEY NATURAL, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, Ó LA VERDAD EN EL VATICANO. Discurso del obispo Strossmayer.

JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MÓNITA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA LUJURIA DEL CLERO, sacada de los cánones de los Concilios y de los escritos de Padres de la Iglesia.

LA VISITA PASTORAL, viaje entres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo *La Paz*, de Lieja.

POESIAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por *El Motín*.

CARTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TALLEYRAND al Papa Pío VII.

LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORÁLES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los Jesuitas, id., id.

CARTAS Á EUGENIA, (carta 1.^a) por Frére.

Ó CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS del teólogo español, Zapata, dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631, tomadas del ejemplar que se conserva en la Biblioteca de Brunsvik.